



A0474

03/06/1998

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA XI ASAMBLEA GENERAL DE COMITÉS OLÍMPICOS NACIONALES

San Juan de Aznalfarache (Sevilla), 03-06-98

Señor Presidente de la Asociación de Comités Nacionales Olímpicos, señor Presidente del Comité Olímpico Internacional, autoridades, señoras y señores,

Quiero agradecer las palabras del Presidente de la Asociación de Comités Olímpicos Nacionales, don Mario Vázquez Raña, y, por supuesto, también las palabras del Presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, y a todos ustedes la entrega de la Orden del Mérito de su organismo con la que he sido distinguido. Tengan la seguridad de que pondré todo mi esfuerzo y toda mi ilusión en fomentar los valores del deporte y del olimpismo de acuerdo con el prestigio de esta distinción.

Hoy mismo, si ustedes me permiten, voy a cumplir una jornada, sin duda, también deportiva. Después de estar aquí, con ustedes, pasando este rato tan agradable, que tanto les agradezco por su invitación, marcharé a una ciudad del norte de España, a Santander, a despedir a la Selección Nacional de Fútbol, que va a jugar a Francia los Campeonatos del Mundo, donde tenemos también fundadas esperanzas en estos días de que la suerte nos acompañe.

La verdad es que nuestro equipo de balonmano está cosechando éxitos en el Campeonato de Europa de Balonmano, en Italia; nuestro equipo de hockey sobre hierba ha quedado subcampeón del mundo, en el reciente Campeonato que se ha celebrado en Holanda; tenemos tres españoles que van a jugar las semifinales de Roland Garros, y espero que sean cuatro; y algunas cosas más, que no quiero decir para que no me digan que tengo simpatías por unos colores o por otros.

Quiero decirles que saludarles con alguna expresión protocolaria de acogida, por cordial que fuera, sería una fórmula, en mi opinión, demasiado pobre cuando estamos bajo la bandera olímpica, bajo el signo de los cinco aros. La bandera olímpica, como nos recordaba Juan Antonio Samaranch, quiere hermanar pueblos, y creo que no es necesario dar la bienvenida al hermano que está en su casa. Yo estoy convencido de que en Sevilla habrán encontrado el mismo trato familiar que tuvieron en 1990 en Barcelona, con ocasión de su primera Asamblea celebrada en España.

198 Comités Olímpicos Nacionales, nada menos, componen su Asociación; bien puede decirse que donde ella está reunida, donde esta Asociación se reúne, se levanta la casa

de todos. Hoy corresponde esa sede a España, una nación que se honra en su firme compromiso olímpico, con el expresivo ejemplo de una Familia Real, que ha dejado su impronta deportiva en los propios Juegos, y con la presencia del Comité Olímpico Internacional, encarnada en Juan Antonio Samaranch.

Los Reyes de España, en su reciente visita oficial a Grecia, acaban de renovar su personal cercanía con el movimiento olímpico mediante el pleno apoyo al Centro Internacional para la Tregua Olímpica, una Organización No Gubernamental que se suma, como nueva referencia de los valores que pueden alumbrar nuestro tiempo, al más legendario ejercicio de concordia que registra nuestra historia. Yo me quiero unir sin reservas a ese apoyo en pro del respeto entre las personas y de la paz entre las naciones.

"Los que llevan las antorchas se las pasarán a otros" escribió Platón, y así ha sido. Hubo momentos en las últimas décadas en los que este fuego olímpico languideció, pero fue superado, y es de justicia reconocer que el olimpismo ha recobrado un brillo sin igual en la escena contemporánea. Las ciudades, que en los años de crisis se retraían, vuelven a pugnar con sus mejores ambiciones por acoger los Juegos.

Y el olimpismo, desde que fuera reavivado hace un siglo por el Barón de Coubertin, es depositario de antiguos ideales que debemos preservar y que se proyectan en la realidad de nuestros días, sobre todo para nuestros jóvenes: la cultura integral, la nobleza entre adversarios, la tolerancia mutua, la generosidad ante el rival, la convivencia con quien es diferente de nosotros y, por supuesto, todo aquello que en el plano deportivo engloba la regla olímpica, cuando dice que "lo más importante es hacer el máximo esfuerzo para ganar".

Pero también por exigencia de nuestra época estos ideales que acompañan al movimiento olímpico incluyen su adaptación hacia el futuro. Cada vez más, los sucesivos Juegos Olímpicos deberán manifestar la conciliación entre desarrollo y medioambiente, entre urbanismo y naturaleza, de manera que la calidad técnica y la conservación natural se enlacen al servicio de la persona y que los Juegos sean, en verdad, una metáfora a escala humana.

Tiene, en fin, el olimpismo un factor de integración muy positivo: en el reconocimiento del papel social que le corresponde a la mujer, los Juegos fueron pioneros en no pocos países y un ánimo similar también en tiempos recientes, y justo es reconocerlo, es el que ha animado a los Juegos Paralímpicos. Quiere eso decir que el olimpismo suele ir en vanguardia de lo mejor de nosotros mismos.

Han dado ustedes también, en el movimiento olímpico, una muestra de lucidez al armonizar la filantropía con el realismo. La versión realista del deporte, tal como se manifiesta en la actualidad, renueva aquellos ideales primeros. En las dos últimas décadas, el pulso olímpico se ha sincronizado con el de nuestro mundo, y esto, lejos de ser una amenaza para su reputación, ha sido, en cambio, una garantía para su éxito.

La pasión universal por el deporte tiene hoy, además de sus aspectos de ocio y de salud, dos facetas muy complementarias: la de la escuela o la universidad y la de las grandes estrellas; la de los presupuestos básicos y la de los multimillonarios patrocinios. Los propios Comités Olímpicos Nacionales recogen esta doble misión y su cometido es

difundir el espíritu que les da nombre, pero también procurar a los deportistas del nivel superior la preparación idónea para que ellos y sus países puedan ofrecer en los Juegos lo mejor de sí mismos.

Espero que me comprendan todos ustedes si afirmo que los españoles tenemos la convicción y también cierto orgullo de haber desempeñado un papel notable en esta aclimatación olímpica a los aires que ya nos envía el siglo XXI. Los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 han quedado como una referencia cimera en la historia del olimpismo: dieron testimonio claro de la capacidad organizativa de nuestro país, fueron ejemplo y acicate para su emulación en otras ciudades españolas y supusieron, en muchos aspectos, un verdadero punto de inflexión para nuestro deporte. Los miles y miles de jóvenes voluntarios que colaboraron, literalmente, por amor al deporte fueron el contrapunto perfecto, la concordancia altruista, para los logros deportivos y para el gran despliegue material que fue necesario.

El Plan Asociación de Deportes Olímpicos, ahora relanzado con la incorporación de nuevos patrocinadores, vino a sustentar la voluntad de modernización del deporte español, a la cual se refería Juan Antonio Samaranch.

Si en estos Juegos, y en los de Atlanta de 1996, nuestros deportistas pudieron llegar --si ustedes me permiten la expresión-- más rápido, más alto y más fuerte, se debió a su talento, a su trabajo y, en buena medida también, a la compenetración entre el dinero público y la inversión de una serie de empresas privadas dispuestas a contribuir al desarrollo del deporte español y a la proyección exterior de nuestro país. El sistema se ha revelado muy eficaz y, con su relanzamiento, esperamos poder seguir prolongando esta secuencia de éxitos.

La Asociación de Deportes Olímpicos, auspiciada por el Consejo Superior de Deportes, el Comité Olímpico Español y Televisión Española, impulsa un cambio profundo en las características de nuestro deporte. España dejó de alimentar su palmarés y, no digamos, su medallero olímpico gracias exclusivamente a hazañas esporádicas y solitarias, a brotes espontáneos, que nos emparentaban casi siempre con la improvisación y casi nunca con el rigor.

Con Barcelona, aquellas gestas individuales cambiaron la seducción de la épica por el método, y el talento cundió diversificado en muchas modalidades, con especial referencia en los valores y en los deportes de equipo. Entregado a la previsión y no al azar, el deporte español se ha ido vertebrando de pies a cabeza, desde sus fundamentos hasta sus figuras internacionales; una transformación similar a la que está experimentando nuestro país, de manera que esta modernización deportiva todavía en marcha viene a ser una manifestación más de un dinamismo y de una vitalidad nacional.

Me he permitido evocar esta valoración nacional porque late, señoras y señores, bajo la predisposición entusiasta que, sin duda, han encontrado ustedes entre nosotros estos días. Espero que hayan pasado una estancia muy feliz en Sevilla, que sus jornadas de trabajo hayan sido fructíferas, que respondan a aquellas palabras de Pierre de Coubertin, al definir los Juegos como "la fiesta de los esfuerzos apasionados".

Sus decisiones seguro que van a contribuir a que las virtudes pacificadoras del movimiento olímpico crucen la próxima meta milenaria, ondeando sus valores de concordia, de integración, de autenticidad y de bienestar. Por todo eso, les doy las

gracias, les doy la enhorabuena y les pido que continúen con el mayor entusiasmo en su trabajo y en su dedicación.

Muchas gracias.